

AUSENCIA Y PRESENCIA DEL CRISTIANO EN EL MUNDO

En el evangelio de San Juan nos han quedado ciertos pensamientos de Jesucristo sobre un tema que podríamos llamar "presencia y ausencia del cristiano en el mundo". Fueron pronunciados en la última cena y son estos: Ellos están en el mundo, mientras yo voy a ti. El mundo los aborreció porque no eran del mundo, como yo no soy del mundo. No pido que los tomes del mundo, sino que los guardes del mal. Ellos no son del mundo, como no soy del mundo yo... Como tú me enviaste al mundo, así yo los envíe a ellos al mundo... El mundo no te ha conocido. Aunque no ruega por el mundo, todavía ruega para que el mundo crea que el Padre le ha enviado a él, Jesucristo.

Tales pensamientos, como cualesquiera otros de Jesucristo, importan dimensiones y distancias imposibles de abarcar, máxime si nos circunscribimos a una interpretación parcial, tal vez demasiado histórica y presente. Sin embargo vamos a buscar muy determinadamente esa circunscriptión para enfrentar lo que en esos pensamientos se refiere a un modo fundamental y primigenio de la existencia humana que consiste en estar-en-este-mundo; si no partimos en nuestras decisiones de la persuasión viva de la realidad de nuestra forzosa estancia en el mundo, desviaremos cualquier acierto posible en la orientación cristiana de nuestra vida: las soluciones concretas, nacidas de la inmediata reacción a un estímulo, no hacen sino seguir el esquema del comportamiento animal y, por tanto, no cuentan con garantía alguna de humanidad ni de cristianismo. Es menester, al contrario, arrancar la orientación general y las decisiones particulares de lo que en nosotros y nuestros estados es fundamental, radical, esto es, de lo que sirve de fundamento donde cualquier otra actuación derivada radica: tal el tema que nos ocupa de la forzosa estancia del hombre en el mundo, y del cristiano en este mundo.

Siquiera de paso y muy a la ligera es preciso aludir a que la vida humana, en cuanto tal, tiene que irse haciendo en permanente contacto e interacción de nuestro yo con todo lo que no es él y le rodea, es decir, con el mundo. Pero precisamente en esa vida, en lo que a nosotros nos pasa porque nosotros lo hacemos, estriba nuestra condición moral donde la libertad abre sus posibilidades y donde asimismo se posibilita una existencia religiosa y cristiana. No puede salirse de este círculo; todo lo que el hombre haga, todo lo que sea su vida es el resultado de su yo presente en el mundo y de su yo actuante en el mundo. Por más que pretendiéramos alejarnos de todas las cosas, de todos los seres para concentrarnos en la propia soledad siempre lo-otro, lo que no somos nosotros mismos vuelve a presentarse en forma de recuerdo, de tradición, de lenguaje, de necesidad imperiosa y, más profunda y decisivamente, en cuanto lo-otro ha conformado ya nuestro propio ser biológico y espiritual: si no hubiéramos tenido relación con lo otro no hubiéramos sido y si ahora dejáramos tal relación nos enfrentaríamos con la muerte si nuestro abandono fuera de este mundo y con la nada si nos fuera factible un abandono de todo mundo. Esta es nuestra ontológica y necesaria condición: nuestra vida se amamanta tanto del propio yo como del mundo que rodea a ese yo; la proporción puede ser distinta de modo que a medida que el ser o el estado de ese yo sean inferiores cobrará mayor importancia en su vida el mundo y, viceversa, cuando más poderosa sea la propia personalidad pondrá más de si que del mundo en su vida y aun se lanzará a configurar su mundo en función de su potencia y sus intereses.

En este horizonte donde quede claro la importancia y la transcendencia que para la propia vida tiene el mundo debe considerarse la condición del cristiano que vive en el mundo y debenvalorarse las palabras de Jesucristo referentes a la estancia del hombre cristiano, de su discípulo y apóstol en este mundo. Porque de este mundo se trata en sus palabras y no de cualquier mundo; por ejemplo, no del otro mundo a dor de El partía. Obviamente ocurre preguntar ahora cuál es éste mundo de que habla Jesucristo, para lo que es menester atender a sus palabras.



2

Estas aseguran que el cristiano auténtico no es del mundo, como tampoco lo es Jesucristo; segundo, que el cristiano está en el mundo. Ese es el planteamiento central que señala de por si la paradoja fundamental: estar en este mundo sin ser de él; paradoja que no puede ser resuelta anulando uno de sus extremos porque entonces desaparecería la condición misma de cristiano si llegáramos a ser de este mundo, o la condición de vida presente si no estuviéramos ya en el mundo. Jesucristo pide puntualmente que permanezcan los dos polos ya que, de una parte, no sólo impugna el que se saque a los suyos del mundo sino que positivamente los envía a él, como a su vez fué ~~el~~ enviado por su Padre al mundo; pero, de otra parte, suplica que el contacto no se convierta en contaminación de modo que el mal se apodere de sus vidas y de sus personas. Habla además de un especial aborrecimiento que el mundo tendrá a los discípulos de Cristo precisamente porque los ve como algo que no son suyo y, en definitiva, porque no ha llegado a conocer al Padre ni aun después del ~~x~~ testimonio de Jesús.

Se habla aquí, pues, del mundo como de algo positivamente opuesto a Dios y como algo en lo que el hombre está; este segundo aspecto es el someramente apuntado antes al hablar de la vida humana como de algo que debe llevarse a cabo en el mundo, aspecto de enorme importancia si es que pretendemos valorar seriamente la dificultad intrínseca de la vida cristiana que debe vivirse contando como uno se sus elementos esenciales y determinantes con el mundo enemigo de Dios y de esa vidacristiana; al personificar, además, Jesucristo al mundo como algo que odia nos lo describe en un nuevo aspecto de potencia maligna que además de su ser opuesto al cristianismo pone en lucha una voluntad de malicia y de condenación. Pero, ¿es que no son las cosas de este mundo, como obra que son de Dios, algo en si bueno y algo indiferente respecto a la existencia moral del hombre? Bajo dos luces distintas puede proponerse la respuesta: una, la de este mundo, propia de los que San Ignacio dice tienen juicio y razón; otra, la del otro mundo, propia de Dios en su consideración concreta del hombre caído y llamado a una nueva salvación. A esta última luz divina pertenecen aquellas palabras que nos van a servir de clave en la respuesta y que se leen en San Lucas: Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y aun a su propia vida, no puede ser mi discípulo. (XIV, 26). Quien quisiere salvar su vida la perderá, y quien la perdiere por mí la salvará. (IX, 24).

Evidentemente estas palabras no son naturales, no son de este mundo aunque las quisieramos escuchar con todas las atenuaciones posibles, y nos hablan de un nuevo mundo, de un nuevo orden de cosas en que hasta lo más santo y personal viene a resultar rémora e impedimento; porque no se nos dice que aborrezcamos el pecado tan sólo, el desorden, las cosas malas sino también las buenas: el padre, la madre, la propia vida. Ahí está Jesús diciendo a un hijo que no vaya enterrar a su padre y ~~diciéndole a sus propios padres~~ abandonando a sus propios padres en la jornada dolorosa del Templo; si a ciertas inteligencias les altera el pulso y escandaliza esta actitud quiere decir que tales inteligencias no son cristianas. Todo esto nos aclara que frente al reino de Dios el cristiano necesita desasirse de cuanto es de este mundo no porque en si sea malo sino porque, aun siendo bueno, le impide la posesión del reino de los cielos que está dentro de nosotros. Y se lo impide porque acapara sus fuerzas psicológicas, su atención, interés y amor, porque continuamente repite su promesa de dar satisfacción plena a las ansias del hombre, porque en éste despierta y alimenta lo que es bajo y pasional, porque, en definitiva, pretenden hacer ~~hate~~ el mundo y el hombre una unidad autónoma, cerrada sobre sí que por creerse suficiente para el desarrollo total del hombre y del mundo no cuenta para nada con Dios como legislador de la conducta humana ni como Padre que le promete una comunión de vida superior. Y así todo cuanto nos proporcione en el mundo seguridad, confianza en lo de acá, sensación de potencia, fe en la plenitud y satisfacción antropocentrista y mundana...viene a constituirse en enemigo del reino de Dios y de la existencia auténticamente cristiana. Por eso, Jesucristo teme y recrimina a los ricos de este mundo, a los hertos, a los que rien, a los bien afamados.

S. J.

Sin embargo, Cristo que no quiere que seamos del mundo porque el mundo no le conoce e impide que los hombres se le acerquen dentro de una existencia auténticamente cristiana, ha querido que estemos en el mundo porque no hay para nosotros otra forma de vida y porque, además, necesitamos operar con ese mundo para que llegue a conocer al Padre y a su enviado Jesucristo; por tanto, si se precisa una decisiva ausencia con caracteres de muerte y martirio del cristiano en el mundo, también se requiere una presencia que de testimonio y que salve: necesitamos del mundo para hacer nuestras vidas humanas, pero padecemos ese mundo necesario cuando queremos hacer nuestras vidas cristianas; necesitamos del mundo para salvarlo y santificarlo, pero padecemos ese mundo necesario cuando él odia y mata nuestra propia santificación. De ahí el trance de paradoja y fracaso en que se sitúa forzadamente la existencia cristiana que o fracasa en su dimensión humana o fracasa en su dimensión cristiana, que o sigue el llamado del mundo y de sí mismo porque el hombre siente una afinidad subyugante con el mundo y entonces se siente aplastado por su apostasía ante Cristo en su conciencia, o sigue el llamado de Cristo y entonces siente la muerte y el fracaso de su vida humana en cuanto parte de este mundo, fracaso ante sí porque se aniquilan partes muy sensibles de su ser y fracaso ante el mundo que es el juez y el verdugo del tiempo.

No queda otra alternativa para él que estando en el mundo no debe ser del mundo: Cristo que negó este mundo fué negado y llevado a la muerte por él; los triunfadores de acá, los que arrastraron en sus carros de gloria el triunfo de la tierra negando a Cristo fueron y serán negados por El en el decisivo instante en que se juega la existencia total del hombre que se desarrolla en la eternidad. Sobre ese filo cortante debe teñirse necesariamente de sangre el alma y el cuerpo del cristiano a quien se le exige usar para la vida las cosas que son de muerte, y para la muerte las cosas que le son a él vida.

No se le ha dejado al cristiano sin luz y sin gracia. En tan difícil condición sino que por la encarnación del Hijo de Dios se le ha dado la medida exacta, la luz y la fuerza para vivir su destino de estar en este mundo sin ser de él, para vender todo lo que teníamos y comprar con ello este tesoro escondido por el que si se logra descubrir no importa dejarlo todo. Saber que estamos en la verdad es ya una ayuda imperiosa para seguir el dictado de Cristo, saber que El va delante con una vida que nos rescató a nosotros del pecado, de la condenación eterna y de la falsedad es el aliciente que ilumina y enardece nuestro camino, saber que somos sus enviados conforme a su misma palabra: como mi Padre me envió así os envío yo al mundo, es nuestra más cierta esperanza. Según la palabra y la oración de Cristo estaremos a la vez presentes y ausentes de un mundo que nos es necesario y nos es enemigo, lo que significa que nuestra tensión y nuestra lucha no puede concluirse mientras seamos fieles a su palabra y a su misión, a nuestro ser concreto de cristianos en el mundo.

7-X-58



Ignacio Ellacuria, S.I.